

Jueves III de Pascua



18 de abril de 2024

Hech 8, 26-40

Sal 65

Jn 6, 44-51

P. Eduardo Suanzes, msps

Para formarnos una idea de la primitiva Iglesia, tiene especial importancia el relato de la Primera Lectura: la conversión del tesorero etíope. Por medio de él el mensaje de Cristo es transmitido hasta la lejana África, más allá del sur de Egipto. Es otro ejemplo del irresistible curso de la palabra a través del mundo. La palabra sigue todos los caminos, incluso la ruta desértica que conduce desde Jerusalén a Gaza. Y el que conduce la palabra es el mismo Dios, su ángel, su Espíritu.

Felipe se lanza a un camino «poco transitado», un «*camino desértico*» entre Jerusalén y Gaza; pues bien, al final, después de haber recibido el nubio en su corazón la Palabra, en ese camino por el que avanza brota una «*f fuente de agua*» vivificante. Además, para el funcionario, el libro que estaba leyendo era incomprensible, pero después brota un sentido que ilumina y transforma su vida toda; y, por último, el eunuco (porque se trata de un estéril, que no sé por qué liturgia no indica) símbolo de una vida infecunda y castrada, recobra la vida nueva y plena¹.

Se nos dice que el funcionario portaba un pergamino del libro de Isaías que iba leyendo. Quizá adquirida esa copia en Jerusalén de donde viene de una peregrinación. La va leyendo en voz alta, como era costumbre hasta que se inventó el leer mentalmente. Es interesante que se nos diga que la explicación de las escrituras por parte de Felipe al nubio parta de un texto de Isaías que remite a la Pascua de Jesús. Esto no es casual: y es que solo la muerte y resurrección de Jesús son la clave de interpretación para la inteligencia de del Antiguo Testamento. Este episodio es muy similar al que ya Lucas, que ahora escribe los Hechos, escribió en su Evangelio con los de Emaús. No confiesa aquí el extranjero que «le arda el corazón», como hicieran los de Emaús, pero cuando divisa un torrente por el camino, pide el bautismo con una expresión modesta: «*¿qué impide bautizarme?*» Detrás de esta pregunta los estudiosos adivinan las dificultades por las que atravesaban las primeras comunidades frente a la conversión y aceptación en sus comunidades de los extranjeros, eunucos y habitantes de cortes reales. Lucas responde, pues, que el gesto de Felipe es cosa de Dios, de su Espíritu.

En el Evangelio, Jesús responde a los judíos que para acercarse a él hay que dejarse empujar por el Padre. Pero ellos no reconocen que Dios es Padre y que se inclina con misericordia hacia la humanidad. Ese es el motivo de su resistencia². El Padre empuja hacia Jesús, porque

¹ Cfr. LUÍS ALONSO SCHÖCKEL. *Biblia del Peregrino. Edición de Estudio. Vol III. Nuevo Testamento*. Ed. Verbo Divino. Estella (Navarra).

² JUAN MATEOS Y JUAN BARRETO. *El Evangelio de Juan. Análisis lingüístico y comentario exegético*. Ed. Cristiandad. Madrid, 1982

Él es su don, la expresión de su amor, de su misericordia a la humanidad. Ellos, **que no se interesan por el hombre, no esperan ese don** ni lo desean. Es decir: **es imposible reconocer a Dios como Padre, y experimentarlo como tal, si no existe en el hombre la capacidad de la misericordia hacia el hermano**. Ahí es donde debemos poner atención, porque **ese es el criterio**. Y para nuestras comunidades este es el aviso importante: intentar separar la misericordia al hermano del ser atraídos por el Padre para ir hacia Jesús es una quimera, en el sentido literal de la expresión. Una quimera, en la mitología griega, era un monstruo híbrido. Pues bien alguien que se diga cristiano y pretenda separar, como los fariseos hacen, la misericordia hacia el ser humano de la unión con Dios, se convierte en ese monstruo irreconocible para el Evangelio.

San Agustín a la hora de explicar qué significa eso de «ser atraídos por el Padre» y cómo se produce la atracción escribe:

Jesús dice: «*Nadie viene a mí si mi Padre no lo atrae*». No dijo: «Si no lo guía, sino atrae». Esta violencia se hace al corazón, no a la carne. ¿De qué te admiras? Cree, y vienes; **ama, y eres atraído**. No pienses que se trata de una violencia gruñona y despreciable; es dulce, suave; **es la misma suavidad la que atrae**. Cuando la oveja tiene hambre, ¿no se la atrae mostrándole hierba? Pienso que no se la empuja corporalmente, sino que se la sujeta con el deseo. Ven tú a Cristo así; no te fatigues la idea de un interminable camino. Creer es llegar. En efecto, **a aquel que está en todas partes, no se va navegando, sino amando**. No obstante ello, también en este viaje del amor hay frecuentes remolinos y borrascas de múltiples tentaciones. Cree en el crucificado, para que tu fe pueda subirse al leño. No te sumergirás; el leño te llevará al puerto³.

Dame un **corazón amante** y comprenderá lo que digo [...] Si, por el contrario, hablo a un corazón helado, ése no comprenderá mi lenguaje. Viene a mí aquel a quien el Padre **lo atrae**, dice el Señor.⁴

Por tanto, la atracción que el Padre realiza en los corazones es la expresión de amor que el mismo corazón manifiesta. Por eso es que a los fariseos la actividad de Jesús en favor de los oprimidos no les interpela, siendo que es el único criterio para entender quién es Él, su misión divina y la presencia del Padre en Él. Atrincherados en su teología, apartada de la misericordia hacia su prójimo, les es imposible ser dóciles a Dios, imposible para ellos ser atraídos-empujados por el Padre y, por lo tanto, aceptar a Jesús.

La resurrección era admitida y defendida por la escuela farisea, como premio a la observancia de la Ley. Jesús afirma que no depende de esa observancia, sino de la adhesión a Él. No hay más resurrección que la que Él da y que va incluida en la vida que Él comunica. Él es el único que dispone de la vida, porque sólo Él es el Pan de Vida.

³ SAN AGUSTÍN. *Sermón 131*

⁴ SAN AGUSTÍN. *Comentario al evangelio de San Juan 26,4-7*